

SEGURO SOCIAL

una economía auténtica y racional de los recursos y valores humanos.



BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por ROGELIO SINAN

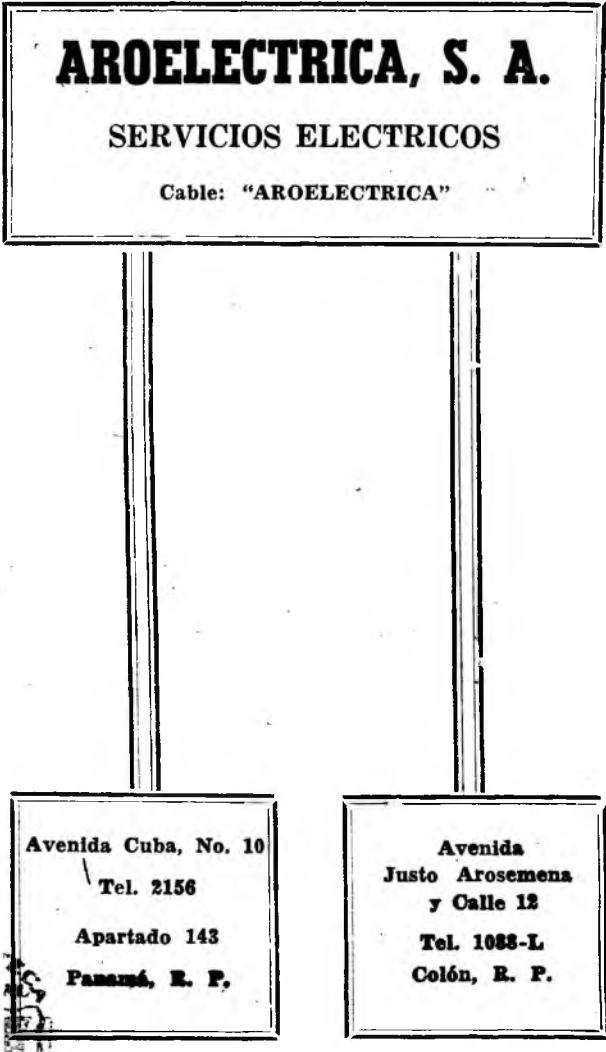
Oficinas: Avenida Ancón, 73

Apartado Postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, R. de P.

SUSCRIBASE A LA
BIBLIOTECA SELECTA



BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Regelio Sinán

Año II • Marzo de 1947 • Número 15

RENATO OZORES

UN PEQUEÑO INCIDENTE Y OTROS CUENTOS

Ilustraciones de
Reinaldo de Pool

BIBLIOTECA SELECTA
PANAMA
1 9 4 7

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruíz Vernacci, y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró.
- 4—"TODO UN CONFLICTO DE SANGRE". "A la Orilla de las Estatuas maduras", dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PIÑUELAS, Novela, corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajar Escala.

RENATO OZORES



ACIO EN OVIEDO (España) el 29 de Octubre de 1910. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de dicha ciudad graduándose en el año 1931. Durante la época de sus estudios y, más tarde, mientras ejercía su profesión de abogado, colaboró en diversos periódicos y revistas de España publicando artículos, crónicas y ensayos en general. Llegó a Panamá en el mes de Abril de 1938 procedente de Francia en la que estuvo viviendo algunos meses después de los sucesos de la guerra civil española. Sirvió la cátedra de profesor de la Escuela Normal "J. D. Arosemena" de Santiago de Veraguas desde el año 1939 hasta 1940. Luego fué trasladado a la Universidad, donde aún tiene a su cargo la cátedra de Derecho Mercantil. Al mismo tiempo ejerce sus funciones de periodista en la sección editorial de "La Estrella de Panamá" donde sirve además una de sus columnas principales. Anteriormente ha colaborado en "Biblión", órgano de la Biblioteca de la Escuela Normal de Santiago del año 39 al 40; en "Afirmación Nacional", en "Vanguardia Coclesana" y en otras publicaciones.

Ha escrito muchos cuentos y tiene en preparación una novela. Los relatos que publica hoy la Biblioteca "Selecta" son sus primeros cuentos de ambiente panameño.

¿HA RECIBIDO USTED NUESTROS
DOS NUMEROS ANTERIORES?
SOLICITELOS A SU LIBRERO O
A NUESTRA DIRECCION.

* * *

No. 13

Cuentos de Guatemala

Profusamente ilustrados con dibujos mayas
Selección y Nota Preliminar

por

ALFONSO ORANTES

No. 14

CUENTOS CRIOLLOS

por

José María Núñez Q.

Dibujos del autor

Nota de

Ernesto J. Castillero R.

* * *

Si quiere recibir nuestros cuadernos con
regularidad, suscríbase a “SELECTA”



UN PEQUEÑO INCIDENTE

Varios incidentes tuvieron que ventilarse en la Corregiduría del Chorrillo como consecuencia del fallo recaído contra Liborio el zapatero. La decisión de la justicia hizo más profundas las divisiones que existían en la opinión pública del barrio a propósito de lo sucedido entre el zapatero y su mujer, y no fueron pocos los vecinos que pusieron fin a las discusiones familiares vapuleando a la consorte.

Los maridos, casi por unanimidad, pues hubo algunos pusilánimes que se hicieron los desentendidos, apoyaron con ardor la causa del sufrido zapatero. Las mujeres, por el contrario, con la única excepción de Cipriana y de Manuela, que detestaban a Tomasa por viejas rencillas avivadas en la frecuente y obligada comunicación del patio, se mostraron incondicionalmente a favor de la maltratada esposa de Liborio.

Como en todas las controversias humanas, la razón estaba de ambos lados cuando el pacífico y bueno de Liborio decidió, por primera vez en veinte años, recurrir a la violencia para castigar a su mujer. Tomasa hizo mal en despedir aquel día al chiquillo de Maximina la billetera cuando éste fué, como de costumbre, a llevarle los seis pedazos del 19-0-4, e hizo peor cuando le dijo que nunca mas quería billetes. Pero para juzgarla imparcialmente hay que tener en cuenta que la mujer del zapatero estaba encolerizada por la genialidad que había hecho su marido al desaparecer de su casa el domingo en la mañana y al hallarse parrandeando, según unas vecinas le informaron, con los seiscientos pesos que le habían tocado en el sorteo de aquel día. Por su parte Liborio había actuado de manera incorrecta emborrachándose de aquella manera y gastando todo el dinero que se había ganado con las tres últimas cifras del primer premio. Pero era la primera vez que en veinte años que el zapatero echaba una cana al aire. ¡La primera vez en veinte años! Y esta frase, esgrimida con la misma energía, aunque con distinta interpretación, por Liborio y por Tomasa cuando se inició entre ellos la pelea, fué repetida muchas veces en los comentarios que surgieron después entre los vecinos, tan sabrosos y tan picantes, que hasta se apagaban los radios para gustarlos mejor. De rejilla a rejilla se trenzó la glosa muchos días, y mas de un pedazo de hielo envuelto en periódico perdió la mitad de su volumen goteando en la acera mientras la dueña comentaba el incidente familiar del zapatero.

Tomasa anduvo con un ojo colombiano durante más de tres semanas y le quedaron flojos dos dientes y un colmillo. Liborio fué castigado por el Corregidor a quince días de arresto, que estuvo a punto de cumplir, porque la enfurecida Tomasa no quiso facilitar a su marido el dinero para pagar en efectivo la sanción. Pero los amigos acudieron en su ayuda y se colectó la plata necesaria.

—Y más que hubiera sido, compa. Aquí estamos para servir en lo que haga falta.

—No faltaba más, Liborio.

—Ha hecho usted lo que debía.

—Ahora las mujeres aprenderán a respetar.

—Si esa vaina me la hacen a mi, dejo recuerdo.

—Doce mil dólares perdidos por esa pendeja de Tomasa.

—Le diste poco todavía Liborio.

—Aquí estamos los amigos, aunque el mal no tiene ya remedio.

—Quien la metería a ella.

—A lo mejor no está ni arrepentida.

—Usted lo que debía hacer era irse de la casa.

—Ahora ponla en el tuquito Liborio, no te achiques.

—Yo la hubiera matado, palabra.

—Y pensar lo mucho que podías hacer con esa plata.

Estos eran los comentarios más frecuentes de los amigos de Liborio. Las amigas de Tomasa, por lo general, se expresaban en todo diferente.

—Un gran hipócrita es lo que es el tal Liborio.

—Vélo, y parecía una mosquita muerta.
—A mi me lo habrían de hacer. Que se atreva mi marido. Lo mato.
—Todos los hombres son igual. Unos perros. Si, señor. Unos perros.
—¡Niña! ¡Casi la mata! ¿Tú, supiste? Le pegó con un martillo. ¡Ay, Dios!
—Hizo bien, después de todo. Si a ella no habría de tocarle nada, que se lo lleve todo el diablo.
—Diz que tiene una querida.
—¿Desde cuándo, ah?
—Debían mandarlo a Coiba. ¡Bandido!
—Si, señor. Para que aprendan los maridos.
—Yo no sé como ella se dejó pegar.
—Son todos unos perros. El Liborio como los demás. Míralo como también sacó las uñas.
Y así duró la cosa varios días.

* * *

En veinte años de matrimonio sin hijos, pero con una abundante cosecha de sobrinos por parte de la esposa, Liborio, el zapatero del Chorrillo, había sido un marido modelo a juzgar por la opinión de las mujeres, y un grandísimo pendejo según decían los hombres. Poniendo medias suelas y arreglando tacones, con las manos embadurnadas de grasa y de pintura, y manejando sus herramientas todo el día, Liborio no tenía más momentos de expansión que los muy escasos que su mujer solía concederle para ir a jugar dominó en casa de un vecino o cuando acompañaba a su consorte al cine, los domingos por la tarde.

Desde los primeros meses de su matrimonio, Li-

borio, hombre apocado por temperamento, aceptó sumiso el papel de marido sin autoridad porque su mujer, que había sido en sus tiempos una buena moza, con muchos pretendientes y algunos deslices, demostró enseguida dotes de mando excepcionales y una voluntad de hierro.

La falta de hijos en el matrimonio agravó bastante la situación de Liborio, pues Tomasa, que se había librado de una maternidad prematura cuando estaba soltera, gracias a los buenos oficios y habilidades de una comadre diligente, atribuía a su marido aquella infecundidad de la que se avergonzaba bastante en presencia de los abultados vientres de amigas y vecinas que solían preguntarle, indiscretas, por su estado.

Resignado con su suerte, Liborio confiaba en la Lotería intuyendo de manera vaga que con algo de dinero podría cambiar su triste situación. Tal vez emprendería un negocio que le permitiera trabajar lejos de casa, idea esta que le producía un ligero estremecimiento placentero. Por eso desde hacía varios años estaba suscrito a seis pedazos del 19-0-4 que Maximina la billetera le enviaba siempre a principios de semana y que él pagaba rigurosamente al contado.

Nunca había ganado nada Liborio con este número, como no fueran algunos reintegros que su mujer se apresuraba a cobrar en la tienda de la esquina. Pero aquel domingo, aprovechando la feliz circunstancia de que Tomasa había ido al Hospital Santo Tomás para visitar a una sobrina que se había roto un brazo al bajar del autobús, decidió ir personalmente a las oficinas de la Lotería a cobrar los seiscientos pesos que

le habían tocado con las tres últimas cifras del primer premio, una vez que se enteró del resultado del sorteo por el radio de un vecino.

Fuera por falta de costumbre de andar solo, o fuera porque en el ánimo del buen Liborio anidara un deseo insatisfecho de expansiones, es lo cierto que cuando salió a la soleada y concurrida acera frente a la Lotería palpando en su bolsillo el abultado manojito de billetes que acababa de cobrar, sintió una sensación extraña y nueva y decidió ir a una cantina próxima a tomar un trago para celebrar el acontecimiento. Y esta decisión perdió a Liborio. Porque en la cantina, atestada a aquella hora de gente, que discutían deportes y política, se encontró con varios conocidos que celebraron su entrada en el establecimiento con ostensibles manifestaciones de alborozo, y que al saber que llevaba consigo nada menos que seiscientos pesos le sugirieron enseguida diversas actividades placenteras que de ordinario están vedadas a quienes no poseen elevadas sumas de dinero.

Los años de sumisión y servidumbre pesaban mucho en la conciencia de Liborio que se hallaba aparentemente decidido a tomar dos o tres tragos nada más y regresar a su casa antes de que su mujer llegara. Pero el hombre propone y Dios dispone, y a las dos y media de la tarde el zapatero se encontraba todavía en la cantina, sentado con sus amigos ante una mesa donde se advertían restos de tamales y empanadas, una pequeña palangana con pedazos de hielo flotando en agua fría y una cuchara sumergida, varias botellas de soda y "ginger ale"; porque a dos de los

presentes les gustaba el trago dulce, y una botella de whisky colocada por el dependiente en reemplazo de la que Liborio y sus amigos habían terminado después de beber varios "high-balls" sueltos.

Poco después del medio día la cantina se había quedado sin el ruido del bullicioso traganiqueles y con muy pocos clientes, porque era día de carreras, y alguien de la mesa propuso ir hasta Juan Franco para matar la tarde en forma grata. Sin voluntad y casi sin conciencia, Liborio se dispuso a seguir con sus amigos al hipódromo, después de pagar la cuenta de los tragos consumidos que montaba a una suma que pareció respetable al zapatero.

El bueno de Liborio, que sólo había tenido una muy lejana relación con los caballos a través de algunas películas de episodios y del cuero de los zapatos que arreglaba, no puso la menor atención a las carreras. Siguió bebiendo, igual que sus amigos, y facilitó a uno de ellos el dinero necesario para apostar a un palo loco que, como pasa casi siempre en estos casos, llegó en último lugar. Pero el zapatero era feliz. Su borrachera era demasiado grande para acordarse mucho de Tomasa en aquel día, tan nuevo para él, y cuando entre brumas se le aparecía la voluminosa imagen de su esposa no sentía el menor temor y forjaba para el porvenir fantásticos proyectos en los cuales él siempre era el amo indiscutido de su casa, el hombre dispuesto a imponer su voluntad y a hacerse respetar.

Cuando el público empezó a dejar solo el hipódromo y Liborio y sus acompañantes se encontraron entre una multitud compacta que asaltaba carros y au-

tobuses en medio de un ensordecedor bullicio de gritos, bocinas, silbatos y chillidos de mujeres que escapaban de ser atropelladas con rápidos esguinces, alguien del grupo propuso dirigirse a un confortable restaurant de las Sabanas donde se cocinaba un mondongo delicioso y donde se elaboraba una sopa de patas digna del mayor aprecio, y a los pocos minutos el zapatero se encontró instalado dentro de una chiva profusamente adornada con franjas y flecos de colores, con espejos de todos los tamaños e imágenes sagradas y profanas, y en la que sentía intensamente el peculiar aroma que distingue a esta clase de vehículos, especialmente en tarde de domingo.

Nunca había estado Liborio por aquellos rumbos de Las Sabanas, ni el mondongo era para él un plato familiar aun cuando le gustaba con delirio. De ordinario, y salvo que alguna comadre les mandase algo especial, el pobre zapatero tenía que conformarse con los guisos no muy bien aderezados de Tomasa, limitados casi siempre al arroz con guandú o con frijoles, a un pedazo de carne, a una tajada de plátano, muchas veces chamuscado, y ocasionalmente una mazorca que mostraba su dorado lomo en un plato de sopa de ñame o de ñajú viscoso y verde.

La succulenta cena tonificó físicamente al buen Liborio que en aquellos momentos se sentía capaz de acometer las empresas de mayor volumen. Hasta pensó por un momento dirigirse enseguida a su hogar para enfrentarse con Tomasa y resolver allí mismo, de una vez, el problema de las futuras relaciones conyugales. Pero el picante del mondongo y la laboriosa di-

gestión de las patas de res que había comido era algo que reclamaba con apremio nuevos tragos, y al filo de la media noche el zapatero, completamente en fuego, propuso a sus amigos visitar un cabaret que quedaba no muy lejos del lugar en que se hallaban.

Liborio despertó medio vestido en una amplia cama para él desconocida, así como desconocida era también la habitación en que se hallaba. Una intensa fragancia de perfumes caros y de afeites de mujer flotaba en el ambiente, y en la semiclaridad que se filtraba a través de las persianas venecianas que cubrían la única ventana, pudo advertir varias maletas apiladas en un rincón del cuarto y una aglomeración de frascos y botellas sobre una mesa colocada cerca de la puerta. Encima de una silla se veían dos chinelas adornadas con una piel, que Liborio, con mirada de profesional identificó enseguida como de conejo, y un femenino camisón rosada con abundante cantidad de cintas y de encajes.

Fuera por el intenso calor que en aquel cuarto cerrado se sentía, por el fuerte olor de los perfumes, o más bien por los muchos tragos ingeridos, es lo cierto que Liborio se sentía morir, presa de una angustia que le tenía el estómago oprimido y de un dolor de cabeza que repercutía en las sienes con doloroso martilleo. La goma de Liborio era espantosa. Con gran trabajo logró bajarse de la cama y levantar la persiana tratando de recordar, sin conseguirlo, como había ido a parar allí.

Con los ojos medio cerrados para defenderlos de la viva claridad del medio día, Liborio buscó agua por

el cuarto para aplacar la sed que le atormentaba, pero no pudo encontrarla. Entonces decidió salir. Sin dificultad encontró los pantalones y la camisa que se habían caído al suelo, y con mano ávida buscó enseguida el manojito de billetes comprendiendo lo fácilmente que se los habían podido sustraer. Pero el dinero estaba allí, aunque ya no eran los trescientos balboas que el día anterior había cobrado. Le quedaban exactamente ciento diez.

Liborio seguía sintiéndose muy mal y la verticalidad le aseguró que estaba terriblemente mareado. Al abrir la puerta de la habitación se encontró en un pasillo oscuro al extremo del cual había una vieja entregada a la labor de trapear el piso. Por ella se informó que sus amigos dormían todavía, pues ellos y no otros debían ser unos huéspedes que aún no se habían levantado. El zapatero pensó despertarlos, pero abandonó pronto la idea temiendo causarles con ello una molestia. Sin embargo, cuando empezaba a bajar las escaleras, urgido por llegar a un sitio donde pudiera satisfacer algunas necesidades que le tenían apremiado, sintió que le llamaban por su nombre y vió a uno de los compañeros de parranda abrochándose la correa de los pantalones parado en el umbral de una de las puertas del pasillo. Requegido Liborio por su amigo para que le esperara unos momentos a fin de salir juntos a la calle, obedeció enseguida ya que le aliviaba algo la idea de estar acompañado en aquel día que se le antojaba duro y lleno de dificultades.

No necesitaron andar mucho para llegar a la zona de la Avenida Central donde más abundan las cantinas,

que en aquella hora de sol vivo y de calor intenso, verdadero tormento para el que sufre los efectos de la goma, brindaban un ambiente acogedor y refrescante que olía a aserrín y a madera baldeada, y Liborio se dejó convencer enseguida de la necesidad de entrar en una de ellas a “cortar”, ya que atribuía a su amigo una vasta experiencia en la curación de padecimientos de borracho.

Después de llevar bebidos varios tragos “de lo mismo”, el zapatero se sentía otra vez perfectamente bien, y en disposición de prolongar aquellos momentos tan dichosos todo el tiempo que fuera necesario. El grupo había aumentado con la llegada de nuevos conocidos. Los bebedores de costumbre acudían a la mesa atraídos por la prodigalidad de Liborio, que invitaba a todo el mundo. Los vasos de aguardiente se llenaban y vaciaban con gran celeridad, y era más de media noche cuando el zapatero, que decía sentir hambre, se dispuso a buscar donde comer. A todos los presentes les pareció magnífica la idea, y entonces empezaron los arranques. Varias veces se tomó el último trago y algunos de los congregados brindaban por la eterna amistad de los presentes mientras otros daban vivas estentóreos a políticos ilustres fallecidos hace muchos años.

Como a las tres de la mañana pudo salir Liborio de la cantina donde había entrado el día antes por la tarde, acompañado siempre por aquel amigo fiel que parecía dispuesto a darle escolta hasta que el último billete del zapatero se convirtiera en algo de beber. Caminando con indeciso rumbo, tropezando con otros

borrachos y con hidrantes, avanzaron por la Avenida Central entonces oscura y silenciosa, hasta llegar a las inmediaciones de Santa Ana, donde entraron en un "chop-suey" que tenía al mismo tiempo servicio de bebidas.

Con bastante trabajo logró instalarse Liborio en un somero asiento circular de los que bordeaban el mostrador de blancos azulejos, y pidió una orden de huevos fritos con jamón. Mientras el chino preparaba lo solicitado con la ayuda de una machigua de mirada soñolienta, el zapatero se sentía flotar acometido de repentina ingravidez y trataba de agarrarse con firmeza a los escurridizos bordes del mostrador mirando fijamente a su amigo que parecía dormir con la cabeza caída sobre el pecho.

El fresco de la madrugada se sentía ya. Se oía lejano el retumbar de los tinacos vacíos lanzados con violencia sobre las aceras y el insistente roncar del camión que recogía las basuras. Algunos perros vagabundos asomaban sus caritas tupidas por la puerta del establecimiento, y una vieja acompañada de un muchacho, abrigando sus hombros con una raída toquilla de lana que había sido blanca, entró con andar apresurado vendiendo "La Estrella". Liborio compró un ejemplar pensando vagamente que tal vez su retrato aparecería en la primera página. Después de lo que había sucedido, después de su fuga del hogar, se consideraba todo un héroe, y no tendría nada de particular que su hazaña se publicara en los periódicos.

El zapatero comió lentamente los huevos con jamón y desdenó las sucias hojas de lechuga y las roda-

jas de tomate con que el chino consideró oportuno adornar el plato. El sueño le invadía, pero no tenía valor para presentarse en su casa a aquella hora. Tal vez con unos tragos más se atrevería, a pesar de que ya estaba muy borracho. Pero todavía tenía conciencia del peligro que para él representaba Tomasa. Miró al lado donde estaba la cantina. El dependiente, acurrucado en la curva final del mostrador parecía escuchar dormitando el relato que le hacía un gigantesco negro con sombrero de fieltro y camiseta rayada que hablaba en voz baja un español chapurreado moviendo un palillo entre los dientes. En una mesa dos gringos borrachos, los únicos clientes, cantaban a dúo "Sweet Adeline".

El zapatero trató de despertar a su amigo que roncaba estrepitosamente ya apoyado de bruces sobre el mostrador, y únicamente obtuvo unos cuantos gruñidos de protesta. Salió solo. La claridad del amanecer se insinuaba sobre los techos y, como si fuera en pleno campo, se escuchaba el cantar de algunos gallos. En el parque de Santa Ana se sentía una temperatura deliciosa y un olor a hierba fresca que hizo a Liborio acordarse con remordimiento del perfume del cuarto donde había dormido. ¿Cuándo? Le parecía que de eso hacía mucho tiempo. Y mucho tiempo también que había salido de casa un domingo en la mañana para cobrar en la Lotería unos billetes premiados. Solo dos días antes y parecía algo tan lejano. Se acordó de Tomasa, su mujer y fué un recuerdo doloroso. ¿Cuánto dinero le quedaba? Apenas tres balboas. En la cantina había pagado él todos los tragos y le dió

un billete de propina al camarero. Además un amigo le pidió prestado treinta pesos. Pero ¿cuál amigo? Ya no lo recordaba. ¡Qué diría Tomasa! Sentado en un banco del parque de Santa Ana se durmió.

La fuerte claridad del sol y los ruidos urbanos despertaron a Liborio, cosa que no habían podido conseguir las campanas de la iglesia. Sentía el mismo dolor de cabeza de la víspera y le dolía todo el cuerpo. Pero no abrigaba el menor propósito de cortar la go-ma. Además, apenas le quedaba ya dinero. Le dolían los ojos y también sentía la piel de la cara muy tirante. Era una sensación extraña y nueva. Sudando copiosamente se dirigió al café de la esquina y tomó un vaso de jugo de naranja. No se le aplacaba la sed y pidió una soda con bastante hielo. Se sentía muy mal y un gran arrepentimiento destilaba además en su alma gotas de amargura.

Era preciso ir para a casa. No había otro remedio. La idea de encontrarse solo ante Tomasa le aterraba, pues esperaba una escena de violencia y gritos como tal vez nunca la había soportado. Conocía muy bien a su mujer. Era temible. Hasta pensó dejarse atropellar por un carro. Así le llevarían al hospital, y vendado en una cama recibiría la visita de Tomasa que tal vez entonces se mostraría indulgente. Pero abandonó el propósito temiendo recibir heridas demasiado graves. Pensó también ir antes a casa de un amigo que vivía como él en el Chorrillo para pedirle que le acompañara. Rechazó esta idea. Le daba vergüenza que su temor se divulgara. Iría solo.

En estas reflexiones llegó a la Plaza Amador Gue-

rrero y allí se cruzó con dos vecinas que le saludaron sonrientes. Debían estar enteradas ya de todo. Se volvió para miraras y advirtió que ellas habían hecho lo mismo y que conversaban entre sí animadamente. Sin duda el barrio entero comentaba a esto hora sus hazañas.

Era ya cerca de medio día cuando llegó a su casa. Todo estaba igual. El taller, en la misma forma que él lo había dejado, y como siempre se percibía un penetrante olor a sopa de verdura y a cebolla frita sobre el que predominaba el del arroz quemado. Liborio sintió náuseas y temió que las piernas le fallaran. Sentía un calor extraño y que el sudor le corría por la espalda y por la cara. Procurando no hacer ruido se dirigió a la alcoba conyugal pues quería acostarse: pero se encontró con que su cama estaba desarruinada y que el colchón, enrollado de cualquiera manera, estaba debajo de la de su mujer. Pensó que esto formaba parte del castigo que Tomasa le tenía reservado y se dirigió resignado a la cocina para beber agua. No sabía qué hacer. Sus ganas de tumbarse eran muy grandes, pero no se atrevía a hacerlo en la cama de su esposa. Esto probablemente aumentaría su furia. Sin embargo, optó por hacerlo suponiendo que con quedarse levantado no lograría aminorar la sanción que le esperaba.

Tomasa entró en el cuarto cuando Liborio acababa de acostarse. Se quedó unos instantes mirando a su marido, como sorprendida de su audacia, pero enseguida empezó a soltar toda la indignación que tenía acumulada. Lo primero que hizo fué exigir el dine-

ro con urgencia. Insistió en este punto con tenacidad, y ante el silencio obstinado de Liborio creyó conveniente sacarlo de la cama por la fuerza, mientras vociferaba las injurias más atroces.

Ninguna resistencia opuso el zapatero, que logró mantener un mutismo absoluto toda aquella tarde, mientras la cólera de su mujer se manifestaba en sucesivas olas de improperios. Atenazado por un dolor de cabeza como nunca había sentido y por una opresión en el estómago que no podía aliviar por mucha agua que tomara, Liborio se encontraba en un estado especial en que nada le importaba mucho. Lo único que quería era dormir, y eso se lo impedían con sacudidas y con gritos que eran el entretenimiento principal de los vecinos aquel martes por la tarde.

La noche hubo de pasarla el zapatero tendido en un petate, pues su mujer se opuso resueltamente a sus intentos para armar la cama. Ella alegaba que como ya no tenía marido, por primera vez en veinte años, estaba dispuesta a dormir sola en el futuro. Pero el día siguiente Liborio, bastante aliviado de sus males, pudo sentarse en su banquito a trabajar como de costumbre, si bien padeciendo todavía fuertes dolores en el espinazo y en la nuca y teniendo que soportar los frecuentes insultos que su mujer le dirigía cada vez que la inspiración le proporcionaba nuevos temas.

Y así llegó el domingo. Como tenía trabajo atrasado, Liborio se pasó toda la mañana componiendo media suelas y arreglando tacones descompuestos. Al filo de las doce notó con gran sorpresa que su mujer le llamaba a comer con un tono desusado por lo solí-

cito y lo cordial, que desdecía mucho del que había empleado hasta la víspera, y aún en la mañana de aquel día cuando le transmitió un recado a propósito de unos zapatos que había llevado a componer una vecina mientras él se bañaba.

Liborio estaba algo extrañado, pero no creyó prudente pedir explicaciones. Comió en silencio mirando de reojo a su consorte y volvió a sus quehaceres diligente. Al poco rato, cuando estaba atareado en la labor de agujerear una suela con la lezna fué interrumpido por dos vecinos que llegaban a felicitarle por haber ganado el premio grande de la extraordinaria, ya que aquel domingo había salido el 19-0-4 en primer término. El zapatero no entendió muy bien al pronto, y con gesto asombrado solicitó de sus amigos que le aclararan convenientemente el punto. Pero la cosa no requería discursos, al decir de uno de los visitantes. Liborio estaba suscrito desde hacía varios años al 19-0-4 y Maximina la billetera les había dicho en varias ocasiones que el zapatero compraba siempre seis pedazos para todos los sorteos. El domingo anterior habían salido las tres últimas cifras, y en este sorteo extraordinario la suerte había querido que Liborio saliera de penas con doce mil balboas de una vez.

—Veinticuatro mil pesitos ya es algo, compadre —afirmaba convencido uno de los visitantes.

—Ande, compa, no disimule, que nada le vamos a pedir. Ni siquiera que nos invite a un trago, pues ya sabemos lo que le pasó con su mujer después de la parrandita que se echó la otra semana,—recalcó el otro vecino.

En realidad Liborio no ponía mucha atención a lo que sus amigos le decían. Recordaba que Maximina solía mandarle los billetes los lunes o los martes, y que esta semana no había visto al chiquillo que se los llevaba siempre. Sin duda Tomasa los tendría guardados; pero... ¿por qué no le había dicho nada al saber que su número estaba premiado? ¿Por qué estaba tan amable? ¿Pensaría quedarse con la plata, o tal vez?...

—¡Tomasa!! —gritó Liborio con un tono de voz que a él mismo le sorprendió, mientras se ponía de pie soltando los instrumentos de trabajo y el zapato que estaba componiendo.

—¡Tomasa!! ¡Ven acá! ¿Qué hubo de los billetes? ¿No sabías acaso que había salido hoy el nuestro? ¡Tomasa!!

Tomasa apareció en la puerta de la recámara limpiándose las manos.

—No tengo los billetes, Libo. Cuando el chiquillo de Maximina vino el martes por la mañana a traerlos se los devolví y le dije que no los quería más.

—¡Tomasa!! —volvió a gritar el zapatero— ¿Tú hiciste eso? — La expresión de Liborio daba miedo. El zapatero se había transformado y le temblaban las manos presagiando una tormenta. Lentamente se acercaba a su mujer, pero ésta, que había iniciado un tímido movimiento de retroceso, se quedó quieta ensayando una actitud de reto. Tal vez comprendía que había obrado mal al haber dejado de comprar los billetes de costumbre, pero no estaba dispuesta a aparecer culpable ni a ceder ante un marido que tenía do-

minado, reducido a la nada, desde hacía veinte años, y menos en presencia de dos vecinos que contemplaban absortos la escena parados en la puerta de la calle. Tomasa se envalentonó recordando su prestigio.

—Sí, los devolví, y ¿qué hubo con eso? ¿Acaso sabía yo que iban a salir esta semana? Como tú te emparrandaste yo no quería saber más de Lotería. ¿Para qué? ¿Qué hiciste con la plata que te tocó el domingo? Tú tomando por ahí y yo aquí fregada como siempre.

El zapatero tenía al parecer, deseos de razonar.

—¡Pero, Tomasa! ¡Doce mil dólares, Tomasa! ¡Hemos perdido doce mil balboas! ¡Doce mil! ¡Tomasa! ¡Veinticuatro mil pesos por esa pendejada tuya!

Posiblemente todo hubiera quedado en unas cuantas voces si Tomasa no se encrespa al verse maltratada de palabra delante de testigos y hubiera reconocido su falta mansamente; pero sin duda la mujer del zapatero pensó que si cedía en aquella ocasión iban a cambiarse para siempre los papeles en el matrimonio, e intentó una justificación de su conducta. Y se defendió atacando.

—¡Pendejada la mía! ¡Atrévete! ¡Cochino! ¡Atrévete a insultar después que anduviste por ahí borracho como cerdo botando la plata! ¡La primera vez en veinte años...!

No pudo seguir.

—¡La primera vez en veinte años, sí! — rugió Liborio. Y su mano, porque fué la mano, cayó con violencia sobre el mofletudo rostro de Tomasa que se tambaleó gritando. Los vecinos que miraban atónitos

el cuadro intervinieron en defensa de la mujer del zapatero, pero ya éste había causado las lesiones que el Corregidor del Chorrillo consideró conveniente sancionar con quince días de arresto.

Luego intervino Jacinto el policía, llegaron más personas, y más tarde fueron los comentarios conocidos. Al final, según se supo por Liborio y por algunos amigos, Tomasa se compuso. Eso, y no los doce mil balboas, fué lo que salió ganando el zapatero que vivió después años muy felices siendo el amo indiscutido de su casa.





UN DIVORCIO

—¡Me divorcio, me divorcio, y me divorcio!

Doña Abigail subrayó esta triple afirmación con sucesivos golpes dados con el puño sobre el brazo de la butaca en que se hallaba sentada, mientras su amiga Doña Lola, sentada frente a ella, intentaba calmarla y averiguar de paso ciertos datos complementarios.

—Por Dios, Abigail, no hables así. Tu esposo siempre fué muy bueno. No sé qué pruebas tienes de que Antonio te haya sido infiel ahora. Después de tanto tiempo de casados...

—¡Lo sé, lo sé! Estoy segura, estoy segura!—repetía Doña Abigail, que sin duda consideraba insuficiente una afirmación, mientras trataba de enjugarse una lágrima imaginaria.

—Pero, mujer. Cálmate. ¿Y tú, como sabes?

—interrogaba con gesto amical y curioso Doña Lola.

—El perro, niña, el perro. Lo he sabido todo por el perro. — Y se interrumpió con un hipo.

Me consideré obligado a intervenir en defensa de mi amigo ante lo que me parecía un disparate.

—¿Por el perro, dice usted, Doña Abigail? ¿Por el perro?—dije contagiado de las repeticiones.

Doña Abigail Casares de Gamboa volvió hacia mí su magra figura convulsionada de sollozos. En su bello había ya abundantes canas y en su pálido y decarnado rostro las arrugas se marcaban con exceso. Sonrió con gesto amargo y de desdén. Sobre su labio superior se advertía ya un bozo muy negro desarrollado a consecuencias de ciertas insuficiencias glandulares que había estropeado su carácter, otro tiempo, al parecer, dulce y afable.

—Sí, señor. Por el perro. Aunque usted no lo crea, lo he sabido todo por el perro.

Durante unos minutos traté de analizar el significado de la frase que acababa de escuchar sin poder lograrlo. Por un momento pensé hacer nuevas preguntas; pero Doña Abigail me había contestado con evidente sequedad, y en un tono que invitaba a permanecer callado. Siempre supuse que mi presencia en aquella casa no le agradaba mucho, como no le agradaba tampoco la de visitante alguno, excepción hecha de algunas viejas chismosas que solían hacerle la tertulia por las tardes, porque en todas las amistades del esposo Doña Abigail parecía sospechar siempre quien sabe qué cualidades negativas y el peligro de funestas influencias. Era una mujer dominante, autoritaria y

antipática, con quien era imposible conversar a menos que se le diera la razón en todo cuanto sostenía. Imposible contradecirla en lo más mínimo sin provocar su agresividad, y por eso, aún cuando yo hubiera querido ensayar una defensa de mi amigo Antonio, me cuidé muy bien de hacerlo sabiendo de antemano que tal cosa sería inútil o perjudicial. Por otra parte, me encontraba confuso y desorientado tratando de imaginar las desagradables escenas que habrían sucedido si realmente Doña Abigail había descubierto la infidelidad de su marido.

En la sala se sentía una fresca y agradable brisa que llegaba del mar próximo. Las cortinas ondeaban suavemente y el canario hacía alegres escalas y gorjeos que parecían especialmente dedicados al hermoso perro policía que dormitaba sobre los mosaicos al lado del piano. Doña Abigail batía el piso con el pié y, con gesto nervioso, estrujaba su pañuelo mirando a lo lejos a través de la ventana enrejada adornada de macetas.

Me pareció que Doña Lola estaba dispuesta a seguir el interrogatorio para enterarse bien de todos los detalles y luego correr a casa de las López y de las García con el cuento bien completo. Sabiendo que Doña Abigail me consideraba persona poco grata e inadecuado oyente de confidencias, y que mi presencia era un estorbo manifiesto para las dos damas me levanté para despedirme. Doña Abigail no intentó detenerme a pesar de que le había manifestado mi interés por hablar con su marido y que éste debía estar próximo a llegar. Con acentuada frialdad contestó

mi saludo, y al salir sorprendí en los ojos de Doña Lola una mirada de agradecimiento.

Cuando crucé la puerta de la sala Siegfried, el perro policía, movió el rabo varias veces en señal de reconocimiento y se levantó con ademán de pereza acercando a mí su nariz porosa, húmeda y brillante en solicitud de una caricia. Le pasé la mano por el cuello y las orejas dirigiéndole algunas frases de afecto, pero Doña Abigail, que observaba la escena, llamó al perro con un grito y esto me advirtió que debía apresurar la marcha.

Varios días transcurrieron sin que me hubiera sido posible ver a Antonio, hasta que una tarde lo encontré parado frente a la vidriera de un almacén de modas de señora en la Avenida Central. Me pareció algo envejecido, y al acercarme a él pude advertir en su rostro marcas de cansancio y de tristeza. Se apoyaba en un bastón y advertí la ausencia del perro que siempre le acompañaba en sus paseos. Enseguida le hice presente mi extrañeza por la falta de Siegfried, pero Antonio se limitó a sonreír moviendo la cabeza. Después de caminar un rato silenciosos en dirección a la plaza de la catedral fué él quien me interrogó.

—Tú sabes ya, ¿no es cierto?

—Bueno, —respondí—. Parece que tu mujer se ha enterado de algo. El otro día estaba yo en tu casa y le oí decir...

—Sí. Ya lo sé. Cuando llegué todavía estaba Lola de visita, y Abigail me dijo que habías ido a verme.

—Le oí decir que había sido por el perro —añadi terminando mi frase interrumpida.

—¡Pobre Siegfried! Ahora está pagando culpas que no tiene. Lo amarró anteayer en el patio y no me deja sacarlo a pasear como antes. Creo que está deseando que se muera.

—Entonces, ¿es verdad que el perro...? — No supe seguir, pero Antonio comprendió enseguida mi pregunta y contestó suspirando:

—Sí, sí. Fué algo que no pude prever. Sucedió el jueves. El día del cumpleaños de Abigail. Tú estabas en Colón y por eso no fuiste por la casa. Hubieras visto.

Yo estaba enterado de los amores de Antonio con Doña Rosita, la guapa viuda de Concheiro. Era algo que tenía que saber forzosamente por mi íntima amistad con ambos y porque, en cierta forma, yo había actuado como cómplice en ciertas ocasiones. Sin embargo, aunque me considero hombre de gran severidad para juzgar problemas de moral, desde el primer momento absolví de toda culpa a la hermosa colombiana y encontré perfectamente justificada la conducta de mi amigo, conociendo, como conocía su insoluble problema conyugal.

Antonio y Doña Abigail conocieron en una boda a Doña Rosita. Esta, que había enviudado muy joven, recién llegada a Panamá con su marido, era entonces una atractiva muchacha alegre y risueña, ingeniosa y chispeante, que parecía envuelta en simpatía. El polo opuesto de Doña Abigail en lo moral, como en lo físico, pues mientras la esposa de Antonio, con

el correr del tiempo, adelgazaba acentuándose las arrugas de su rostro, la viudita colombiana iba adquiriendo esas amables formas de las frutas maduras y de las mujeres en sazón sin perder nada de la frescura que distinguía sus encantos.

Comprendí enseguida que doña Rosita y doña Abigail no podían congeniar y que entre Antonio y la viuda de Concheiro se había establecido una corriente de mutuo entendimiento a la que sin duda contribuía de manera eficaz el carácter áspero y punzante de la magra esposa de mi amigo. Y así, por ciertos detalles observados sin querer, y por ciertas confidencias que Antonio se vió en la necesidad de hacerme para desahogar sus penas, que eran muchas, y para solicitar de mi algunas ayudas, vine en conocimiento de que mi amigo había hallado al fin un refugio grato para su espíritu franco, alegre y expansivo, y una compañera inteligente y dulce que le ayudara a soportar la para él pesada cruz del matrimonio.

No he de negar que los amores de doña Rosita con Antonio, mantenidos durante mucho tiempo en la reserva más discreta, me produjeron una satisfacción muy viva. Mi amigo, como otros tantos, empezó a padecer muy pronto las angustias que un matrimonio infeliz lleva consigo. Afable y cortés siempre con su esposa, porque este era su temperamento, a doña Abigail no la complacía nada más que torturar a los seres que la rodeaban, y naturalmente, Antonio fué la víctima elegida con marcada preferencia y constante asiduidad, teniendo que soportar un día y otro día escenas de celos y rabietas que tenían un origen endocrino, y

resignándose a ser ante la sociedad un marido fiel y amante de su esposa para no provocar lo que él imaginaba una catástrofe.

En verdad doña Abigail se había sentido engañada mucho antes de que doña Rosita penetrara en la vida íntima de Antonio, tal vez porque imaginaba un imposible que su esposo fuera capaz de serle fiel. Llamadas constantes por teléfono a su oficina, visitas repentinas a la misma y una vigilancia tenaz y continuada, seguida de minuciosos registros y olfateos de la ropa, no bastaban a tranquilizarla, y las malévolas insinuaciones se repetían con frecuencia.

Antonio había soportado con ejemplar resignación estas escenas, cuyo inicio coincidió con las primeras manifestaciones de desequilibrio hormonal en doña Abigail, suponiendo que al ajustar su conducta pública y privada a un rígido patrón de moralidad podría encontrar en su casa la paz espiritual y física que tanto buscaba. Pero todos sus ensayos de apaciguamiento resultaron estériles. Por si había sonreído a la taquillera de un teatro, por si había mirado con demasiada insistencia a una mujer en cierta fiesta, por si había sido especialmente amable con alguna visita femenina, o por si había sostenido una conversación telefónica demasiado prolongada con alguien que ella no podía identificar, y por cosas semejantes, doña Abigail daba rienda suelta a su imaginación y llenaba a Antonio de improperios acusándolo de hipócrita por adoptar en la intimidad la actitud que corresponde al cónyuge infeliz y en público la del marido afortunado.

Los amores de doña Rosita con Antonio significa-

ron para éste una liberación anhelada durante mucho tiempo. Sin que la gente pudiera dar con el motivo, se le vió más optimista y más alegre, más dinámico y más trabajador, pues, indudablemente, el trato íntimo y continuado con la simpatía antioqueña transformó el horizonte de su vida dándole perspectivas más amables.

Por lo que supo más tarde, Antonio logró disimular en su casa las nuevas relaciones contraídas manteniendo sin alteración alguna sus costumbres anteriores, pues doña Rosita, siempre enamorada y comprensiva, no le exigió nunca algo que pudiera provocar disensiones conyugales. Como a las cinco de la tarde siguió saliendo a pasear con el hermoso perro policía, y a eso de las siete se presentaba de regreso con una abundante colección de periódicos y de revistas para entretenerse en la velada, ya que la conversación normal con su mujer había venido a resultar un imposible.

Desde que Antonio y doña Rosita empezaron a tener sus entrevistas en el discreto lugar que de común acuerdo habían elegido, entrevistas que era preciso suspender los días de lluvia, ya que entonces no podía justificarse la salida, no siempre era mi amigo el que compraba los periódicos con que después llegaba a casa, ni se le vió con la frecuencia de otros tiempos paseando por los alrededores de la estatua de Balboa. Sin embargo, se dejaba ver de vez en cuando por si su ausencia definitiva llamaba a alguien la atención, temiendo que hasta doña Abigail se extendiera el comentario.

En las visitas que Antonio realizaba a la viuda colombiana tenía una participación activa Siegfried, el cual, con el fino instinto que distingue a los perros de su raza, mostró enseguida por ella una marcada preferencia debido a los halagos que le prodigaba. La amable doña Rosita tenía siempre guardado para el perro algún manjar de su predilección y una abundante colección de caricias, en la imposibilidad de dedicar a Antonio toda la ternura que tenía almacenada, y más de una vez fué objeto de comentarios entre ellos el que Siegfried, por lo general huraño, compartiera tan ostensiblemente los sentimientos de su amo. En muchas ocasiones Antonio tenía necesidad de sujetar fuertemente al perro con la correa cuando se aproximaba a la casa de las entrevistas para impedir que Siegfried, impaciente, se lanzara hacia la misma con una precipitación que podía ser indiscreta si había por las proximidades alguna persona capaz de sospechar.

Cuando llegó el día del cumpleaños de doña Abigail, fiesta por demás ingrata para Antonio, que se veía en ese trance en la necesidad de encargar varios ramos de flores para dar a la casa un aspecto de alegría y de fingir una satisfacción intensa en presencia de las numerosas personas que acudían a felicitarla, la conveniencia de que doña Rosita acudiera ella fué tema de prolongadas deliberaciones entre los amantes. En años anteriores, para esta fecha, la viuda colombiana había estado en el interior; pero en aquella ocasión se desistió de que doña Rosita se trasladara por unos días a Taboga, cosa que fué discutida con la calma necesaria, porque Antonio apuntó la posibilidad de que su

esposa, tan sutil para los malos pensamientos, se diera a imaginar que aquel viaje a destiempo no fuera otra cosa que un pretexto para dejar de visitarla el día de su fiesta. Así, puesto que doña Rosita se consideraba amiga, aunque no íntima, de doña Abigaíl, vestida con un discreto traje negro que disimulaba sus encantos, y con un somero maquillaje, la viuda de Concheiro se presentó en casa de su amante provista de un paquete que contenía una lujosa cartera de cuero de lagarto.

Doña Abigaíl la recibió con una amabilidad inusitada, puesto que aquel día se consideraba en la obligación de ser gentil con todo el mundo. La presentó a varias amistades, y después de instalarla cómodamente en un sillón, se apresuró a servirle una generosa porción de helados de fresa y de pastel. Luego...

Antonio prosigue su relato.

—Todo iba muy bien, te lo aseguro. Abigaíl no podía sospechar nada pues hasta Rosita y yo, puestos de acuerdo, hablábamos en voz alta de temas que indicaban que no nos habíamos vistos desde hacía varios meses. Por otra parte yo no había pensado ni un momento en el perro que, para que no molestara a las visitas, estaba sujeto a uno de los árboles del patio. Pero cuando ya la gente empezaba a retirarse, y hasta Rosita iniciaba las despedidas, el condenado Siegfried se soltó, al parecer, y entró en la sala a la carrera. No se detuvo ni un momento. Ladrando de alegría se

abalanzó sobre Rosita poniéndole las patas sobre el pecho y moviendo el rabo, lo mismo que solía hacer cuando nos veíamos allá. Abigail no dijo nada; pero me bastó mirarla un instante para adivinar que no valdrían excusas. Siegfried, tan receloso con los desconocidos, no podía hacer aquello con una persona que no estuviera acostumbrado a ver con gran frecuencia. Era imposible. Y mi mujer sabía eso muy bien.

—Bueno, Antonio. ¿Y qué pasó después?—pregunté por decir algo.

Antonio movió la cabeza tristemente como para alejar un recuerdo doloroso.

—No quieras saberlo. Fué una noche inolvidable, hasta para mí, que debía estar acostumbrado. Gritos, desmayos, el delirio. Tuve que soportar en silencio los insultos más atroces. Rara la servidumbre fué un espectáculo brillante, y me avergonzaba lo indecible al escuchar desde mi cuarto las carcajadas de la cocinera.

Estábamos paseando por las Bóvedas. La marea venía traía hasta nosotros el rumor del mar y su tonificante fragancia. Hubo una pausa prolongada.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué me aconsejas?

—¿Yo? Que te divorcies.

Antonio se detuvo y me miró unos momentos detenidamente y en silencio. En sus ojos creí advertir

que se insinuaba un brillo nuevo mientras parecía repetir mentalmente mi respuesta.

—Sí, que te divorcies, y que te quedes con el perro.—Pero Antonio ya no me escuchaba. Le vi sonreír. Se volvió sobre sus pasos y golpeando el suelo con la contera del bastón me cogió de un brazo.

—No es mala idea. Divorciarme. Tiene gracia. Y después de todo, ¿por qué no? Divorciarme. Anda, ven. Vamos a tomar un trago.





DIMITRI

Se llamaba Dimitri. Este era, al parecer, su primer nombre. Un nombre algo extraño y misterioso con resonancias eslavas y sabor de estepa, por el cual le llamábamos todos a pesar de nuestra costumbre de preferir el apellido para dirigirnos a personas que no son de nuestra intimidad. Pero es que Dimitri sonaba de una manera tan particular, y es tan fácil de decir y de recordar, además, que nunca se le llamó de otra manera. El, y sólo él era Dimitri, y no se necesitaba añadir dato alguno complementario cuando teníamos que mencionarlo en algún grupo de personas, pues todos le identificaban enseguida.

Casi todo el mundo le conocía de vista y casi todo el mundo sabía también que se llamaba Dimitri. Su apellido, su edad, su ocupación, incluso, eran cosas más o menos confusas y que no interesaban mucho a nadie. Pero Dimitri era un tipo popular en Panamá porque al verlo llamaba la atención. Había

en él algo o mucho de distinto, de raro, y las gentes solían indagar curiosas acerca de este hombrecito tan particular, hasta en una ciudad como la nuestra donde las gentes parecen siempre apresuradas, donde los que van en carro no se ocupan de los peatones, y donde lo que pudiera parecer extraordinario en otras latitudes se nos ha hecho familiar.

A su gran popularidad contribuía sin duda el hecho de que Dimitri andaba siempre por la calle. A cualquier hora y donde quiera se le encontraba caminando lentamente y mirando a todas partes con el aire entre curioso y desorientado que tiene el turista recién llegado a una ciudad. De pequeña estatura, siempre descubierto, lucía un cabello rojizo descolorido y escaso y unos grandes anteojos de aro grueso que apenas si lograban dar cierto carácter a un rostro pálido, discretamente pecoso y totalmente inexpresivo.

Muy poco hablaba Dimitri, aun en sus momentos de expansión, que eran más de los que pudiera suponerse en una superficial observación de su persona. Sus frases eran cortas, concisas y no muy bien elaboradas, porque a fuerza de conocer varios idiomas no hablaba bien ninguno. Tal vez ni el suyo propio, el ruso, ya que de Rusia había salido cuando apenas tenía doce años, en compañía de sus padres, que eran “blancos” fugitivos de la revolución bolchevique. Corrientemente se expresaba en francés, porque en París había vivido refugiado desde niño, como tantos otros rusos y como tantos otros hombres de las más distintas procedencias. Pero su francés era raro. Tenía una dureza especial, una sequedad fonética que lo

hacia desagradable. Como su inglés y su español, que hablaba siempre entre balbuceos y pausas, aunque la verdad es que Dimitri tenía que expresarse así en cualquier idioma porque era un hombre indeciso y vacilante. Todo para él era un problema complejo y dilatado. Hasta elegir un gesto. Por eso muchas veces sus frases y sus ademanes quedaban apenas iniciados sin decidirse por nada categórico. Era un hombre suave y tímido. Tímida la sonrisa que esbozaba a veces, y tímida la elevación de unas cejas apenas perceptibles con que pretendía expresar una emoción cualquiera.

Decidirse por un cine o elegir una corbata era ya un grave problema para Dimitri, algo que le mortificaba íntimamente, algo que sin duda le producía una de esas molestias pequeñas a las que debía estar acostumbrado y que se manifestaban en él por un débil gesto de contrariedad o de fastidio. Cuando encontraba alguna persona amiga que le ayudara a decidirse en cualquier cosa, se advertía enseguida su satisfacción.

No fué posible descubrir las causas extrañas que le hicieron venir a Panamá. Este era uno de tantos puntos oscuros en su vida que no quería revelar. Aquí llegó un día cualquiera y se instaló en una pensión modesta donde no tardó en despertar primero la curiosidad y después la simpatía de los huéspedes permanentes que se propusieron hacer amistad con aquel hombre pequeño y silencioso que hablaba reposadamente y miraba a todos lados en una forma tan particular, como el que busca algo siempre.

Dimitri no era tan esquivo ni tan inaccesible como a primera vista parecía. Tenía la costumbre de acoger a las personas con una tenue sonrisa de la cual sólo participaban sus labios delgados y descoloridos, descubriendo apenas unos dientes menudos y amarillentos por el mucho fumar y la falta de limpieza. Porque Dimitri fumaba todo el día. Era casi imposible verle sin el cigarrillo prendido, y cuando se sentaba en la terraza de la pensión o en un jardín de cerveza, estaba siempre rodeado de humo y frente a una limonada. Tampoco tomaba clase alguna de licor. Nunca se le vió beber un trago, ni acompañar a una muchacha, ni con una naipa en la mano. Su único vicio era el tabaco y a él se entregaba con toda la fruición y todo el entusiasmo que en otro caso hubiera tenido que repartir en diversas actividades placenteras. Sin embargo, a pesar de su aparente misoginia, sentía una marcada predilección por las mujeres. Las miraba con ansiedad disimulada, y las únicas ocasiones en que su rostro pálido y pecoso parecía tomar cierta animación humana era cuando podía contemplar de cerca alguna joven atractiva.

En realidad la timidez era lo único que tenía a Dimitri alejado permanentemente de las mujeres. Su timidez manifiesta estaba influida sin duda por una tacañería persistente que sus amigos solían perdonarle dada su condición de hombre maltratado por la suerte. La verdad es que era muy mezquino. Tal vez los años de miseria pasados allá en Rusia cuando los bolcheviques iniciaban el experimento comunista y el país sufría los terribles efectos del bloqueo, y las angustias

sufridas en la emigración, habían determinado que un gran amor por el dinero anidara en el subconsciente de Dimitri hasta hacer de él un "pichicuma", que era la palabra con que lo calificaban no pocos conocidos. Pero esta cualidad, frecuente también en personas adineradas, no impedía que las mujeres le atrajeran de una manera poderosa, y, cuando tenía ocasión de conversar con la dependienta de una tienda o con la camarera de un restaurante, su rostro, que siempre parecía exangüe, se cubría de un ténue rubor emocional y sus palabras eran mucho más imprecisas. Además, su criterio estético en cuanto a los encantos femeninos estaba claramente definido, y hasta se podría decir que Dimitri era un exigente. Cuando se decidía a emitir su opinión sobre los encantos de una joven, nunca en presencia de la interesada, por supuesto, lo hacía revelando que en su ánimo se había operado un análisis muy cuidadoso de las condiciones físicas que deben adornar a una mujer. Sin embargo, Dimitri nunca tuvo novia. Posiblemente allá en París, un día de primavera, cuando el aire se llena de fragancias nuevas, se dispuso a confesar su pasión a alguna modistilla. Así debió haber sido su primera aventura sentimental, y el fracaso de la misma eliminó de su espíritu todo resto de valor para emprender nuevas tentativas.

Los amigos de Dimitri realizaban todos los esfuerzos que cabe imaginar para que hiciera amistad con alguna muchacha de su agrado. Se le invitaba a las fiestas de los cumpleaños y a otras reuniones familiares, pero inútilmente. El silencioso ruso se acogía a

su inseparable cigarrillo y, provisto del plato y los cubiertos, del pan y de la servilleta que se le había suministrado, se instalaba en un rincón desde donde contemplaba la fiesta mirando fijamente a través de los gruesos cristales de sus gafas y tratando, como otros invitados, de llevar a cabo esa imposible operación que consiste en cortar un trozo de jamón con una sola mano mientras con la otra, ocupada con el plato y un vaso de bebida, se realizan prodigios de equilibrio.

Puesto que Dimitri no bebía licor no existía la posibilidad de emborracharlo, como algunos intentaron con invitaciones insistentes, para ver que hacía jumento. Al comienzo de la reunión se le instaba a conversar y se le hacía objeto de bromas; pero más tarde, cuando el whisky y la cerveza empezaban a hacer efectos en la concurrencia, se le dejaba abandonado en su rincón considerándolo como algo parecido a un mueble.

Pero un día sucedió algo extraordinario en la vida de Dimitri. Algo que sin duda él debió recordar por mucho tiempo pues revelaba una transformación profunda.

Aquel día había regresado de Taboga. En la isla de las flores permaneciera casi una semana acogido a la generosa hospitalidad de un conocido que le encontró en la playa paseando solo una mañana. Dimitri había ido con el propósito de conocer el lugar y regresar en la lancha de la tarde, pero cuando este amigo le ofreció un vestido adecuado para bañarse, una toalla y una habitación, además de un puesto en la mesa familiar para el almuerzo, decidió mostrar su gratitud

quedándose a la cena y prolongando por cuatro o cinco días aquella corta vacación con que creía conveniente regalarse.

Dimitri regresó de Taboga físicamente transformado. Una tenue piel rosada empezaba a reemplazar en su frente la que los cálidos rayos del sol había chamuscado, y entre sus escasos cabellos parecían flotar trozos de epidermis muerta. Su carácter, sin embargo, no parecía haber sufrido variación alguna. Como otras tantas noches, se hallaba sin saber en qué cine recluírse para hacer la digestión. Ojeaba un diario revisando los anuncios, cuando dos amigos suyos, compañeros de pensión, le ayudaron a decidirse invitándole a que les acompañara. No era la primera vez que Juancho y Paco, dos jóvenes empleados públicos que alternaban sus servicios al Estado con lucrativas operaciones mercantiles realizadas en horas disponibles, tenían con Dimitri atenciones de esta clase. Huéspedes como él de la misma pensión desde hacía varios años, solían invitarle con frecuencia para escuchar sus ocurrencias cuando el tedio les mortificaba, pues la originalidad del ruso, que se manifestaba también en algunas ideas muy particulares, servía de entretenimiento a estos dos jóvenes que tenían de la vida el más optimista de los conceptos por la buena salud de que gozaban y por la facilidad con que el dinero acudía a sus bolsillos.

Aquella noche, terminada la cena, Juancho y Paco se disponían a ir a un cine que quedaba algo lejos del hotel en el carro del primero. Dimitri se manifestó dispuesto enseguida a aceptar la invitación, no sólo

porque así no tenía que pensar más a donde ir, si no también porque de este modo se ahorraba el precio de la entrada. El sabía muy bien por anteriores experiencias que sus amigos eran tipos generosos y espléndidos y que de ninguna manera iban a aceptarle los sesentas centavos de la entrada que él pensaba ofrecerles al llegar a la taquilla como un gesto puramente convencional.

Al salir del cine donde presenciaron una película de pistoleros con tiros abundantes llovía copiosamente. La gente se aglomeraba en el vestíbulo, y pocos eran los que se decidían a salir corriendo para asaltar un autobús o para llegar al sitio donde tuvieran el carro estacionado. Sin embargo, al poco rato, Juancho, cubriéndose la cabeza con un periódico que acababa de comprar para que le sirviera de paraguas, se lanzó a la calle al tiempo que advertía a sus amigos que le esperaran allí.

No tardó en volver con el automóvil donde los tres se instalaron enseguida, proponiendo Paco dirigirse a un cabaret para tomar un trago 'y combatir mejor el frío y la humedad que se hacían sentir bastante intensamente. Nada dijo Dimitri al escuchar la proposición, sin duda porque en aquel momento estaba recordando alguna escena de la película que habían presenciado. De lo contrario es muy probable que hubiera solicitado de sus acompañantes que le dejaran en la pensión. Pero su silencio fué interpretado por Juancho y por Paco como una muda señal de asentimiento y, a los pocos minutos, se detenía

el automóvil frente al cabaret que tenían por costumbre visitar.

Fuera porque Dimitri no se diera cuenta exacta de los propósitos que ya abrigaban sus amigos o porque en realidad sintiera una gran curiosidad por visitar un cabaret, el caso es que no opuso resistencia alguna cuando Juanchito le cedió la preferencia a la entrada del establecimiento sosteniendo abierta la puerta para que avanzara en primer término.

En el ánimo de Dimitri se estaba produciendo, sin lugar a dudas una curiosa metamorfosis. Precediendo a sus acompañantes caminaba por el salón del establecimiento con su andar pausado, dando la impresión de observar con curiosidad creciente aquel mundo extraño para él; pero, sin volver la cabeza ni adoptar el menor gesto de duda, siguió con aparente decisión al camarero que les salió al encuentro enseguida indicándoles con un ademán una mesa colocada cerca de la pista, y Paco y Juanchito cambiaron una sonrisa como preludio de la diversión que su pintoresco invitado habría de proporcionarles.

Instalados convenientemente, Juanchito ordenó al camarero tres "high-balls" confiando que el nuevo Dimitri que tenía delante aceptara esta vez lo que tantas veces había rechazado. No se equivocó. Sin hablar una palabra, sin mostrar desagrado ni conformidad, éste apuró su trago mucho antes de lo que sus compañeros esperaban, y hasta se limpió los labios con el dorso de la mano con gesto de bebedor avezado. Ante un hecho tan insólito, Paco se apresuró a llamar al camarero para ordenarle que repitiera las bebidas,

y nuevamente Dimitri, que parecía contemplar con especial curiosidad a una joven "mesera" toda rubia y vestida de verde que se aburría en un rincón, trasegó al estómago el "high-ball" con rapidez poco común.

Nada dijo Dimitri cuando Juancho volvió a llamar al camarero, y uno tras otro fué haciendo desaparecer los tragos que se le ofrecían sin dar la menor muestra de embriaguez y sin pretender intervenir en la animada conversación sobre cuestiones políticas que Juancho y Paco sostenían, locuaces ambos por los efectos del alcohol que estaban empezando a experimentar en forma grata.

Terminada la revista musical, y reintegradas a sus mesas y a su tradicional aburrimiento las artistas que habían participado en la función, Paco sugirió a su compañero en tono confidencial la conveniencia de invitar a tres de ellas para ver la nueva reacción del silencioso Dimitri. Juancho no era muy partidario de invitar cabaretistas a su mesa porque le aburría extraordinariamente la conversación anodina de estas muchachas que siempre hablan de los mismos temas. Por otra parte los "blue-moons" eran muy caros, y, aunque no tenía nada de tacaño, según podían atestiguar varias de las jóvenes del elenco, le causaba hondo desagrado pagar un precio exorbitante por un poco de agua azucarada en beneficio casi exclusivo del propietario del negocio. Pero como estaban con el ruso, y sabían ambos que éste sentía una especial debilidad por las mujeres, Juancho accedió a invitar a tres muchachas, si bien advirtiendo al camarero, que acudió solícito a la llamada, que fueran requeridas

precisamente tres cabaretistas que designó concretamente por sus nombres, incluyendo a la opulenta rubia que había polarizado las miradas de su invitado.

La presencia de estas jóvenes que llegaron a la mesa haciendo zalemas pareció desconcertar un poco a Dimitri. Hubo cambio de sillas, presentaciones, saludos muy formales, y por fin se encontró instalado cerca de la robusta joven que resultó ser una arequipeña, especializada en cantar tangos argentinos, cosa que hacía con un marcado acento chileno sin que se supiera el motivo. Los "blue-moons" empezaron a hacer su aparición acompañando a nuevas rondas de "high-balls", y el vaso receptor de los cheques que el camarero depositaba con ademán discreto resultaba ya de muy poca capacidad para albergar el creciente contenido.

La conversación de la mesa parecía animada. Una muchacha argentina que bailaba rumbas, o que pretendía bailarlas, refería a Juancho con grato deje porteño que se había visto en la necesidad de dedicarse al arte ante un injustificado abandono del esposo, después de haber vivido en una lujosa residencia de la calle Corrientes bonaerense con varios criados y chofer, además de una moderna máquina de lavar ropa, detalle éste en el cual la joven insistía con marcada preferencia. Por su parte Paco escuchaba con aparente atención el interesante relato de una linda muchacha colombiana, que en el cabaret cantaba corridos mexicanos con un bastante bien falsificado tono jalisciense, referente a los ventajosos contratos que se le ofrecían para actuar en los principales teatros de la América

Latina, pero que ella rechazaba una y otra vez por hallarse encariñada con el ambiente panameño. Dimitri y la robusta arequipeña trataban inútilmente de entablar conversación. En realidad no podían entenderse pues a Dimitri parecía habersele olvidado el castellano, y los demás idiomas que podía hablar con mayor o menor facilidad no le resultaban de alguna utilidad en la ocasión presente.

El cabaret había ido quedando solitario y mas oscuro. El policía de servicio bostezaba de manera ostensible y con frecuencia apoyado en el quicio de la puerta, y varios camareros, agrupados en torno de una mesa, se referían los chismes del momento. Algunas cabaretistas, retirada ya la orquesta, se dirigieron a sus cuartos para cambiar de ropa y luego se acercaban al mostrador para convertir en dinero las fichas obtenidas; pero otras, más audaces, se encaminaron a la mesa donde Juanchito y Paco ya borrachos, asentían con movimientos de cabeza a las afirmaciones de sus acompañantes y donde Dimitri, que parecía convencido de la necesidad de abandonar toda tentativa de diálogo, manoseaba de manera insistente los brazos y las piernas de la rolliza cantora de tangos de Arequipa.

El estado de euforia en que Juanchito y Paco se encontraban les hizo recibir con manifestaciones de alborozo la llegada de tres nuevas muchachas. Las presentaciones corteses fueron reemplazadas por abrazos efusivos, y el diligente camarero tuvo nueva oportunidad de intervenir mientras otras dos cabaretistas, animadas por el éxito que habían tenido las primeras,

decidieron engrosar el grupo que muy pronto se vió rodeando un par de mesas y dos vasos con cheques, por resultar uno insuficiente.

Una descomunal chilena que bailaba danzas españolas, y una mexicana anémica especializada en valses vieneses tomaron parte enseguida en la tertulia. Las otras tres reclamaban con premura sus "blue-moons" y conversaban entre ellas en voz baja sin dejar de vigilar la puerta por donde esperan ver aparecer de un momento a otro a sus maridos respectivos.

Juancho y Paco, perfectamente "en fuego" decidieron cantar a dúo una canción sentimental pretendiendo hacer una demostración de arte a su auditorio femenino; pero Dimitri, sin dejar de fumar y de ingerir cuanto "high-ball" se le ponía al alcance de la mano, parecía abismado en la contemplación del traje verde rabioso con que la robusta arequipeña cubría sus carnes abundantes, y atento a pellizcarle el brazo izquierdo con una devoción creciente.

A las cuatro de la madrugada, Juancho, que parecía conservar algo de sentido, requirió la presencia del camarero para liquidar la cuenta. Buena parte de los billetes que él y Paco guardaban en la cartera pasó a manos del diligente empleado del establecimiento que se apresuró a recoger los cheques haciéndolos desaparecer en un bolsillo, sin duda para negociarlos convenientemente otra vez en una oportunidad que estimara favorable.

Juancho y Paco se pusieron de pié con bastante trabajo y despidiéndose de sus amables compañeras

con palmadas y caricias, invitaron a Dimitri a que les siguiera.

Este, requerido por sus amigos para deshacer el apretado, abrazo que le unía con la arequipeña, ofrecía un gesto de estupor que se convirtió en viva muestra de contrariedad cuando le instaron a salir agarrándole firmemente por un brazo. Con sorprendente firmeza se desasíó de la mano que lo sujetaba, y con una frase corta, que reflejaba decisión, manifestó su propósito de permanecer en el establecimiento. Paco hizo ademán de insistir, pero Juancho le disuadió y ambos salieron del cabaret comentando los múltiples aspectos nuevos que acababan de descubrir en el abstemio y silencioso Dimitri.

Cuando Juanchó entró en su cuarto de la pensión, empezando a sentir los devastadores efectos de la 'goma,' las campanas de una iglesia cercana avisaban a los fieles que la primera misa iba a comenzar. Juancho se acordó que ya estaban en domingo, y, después de beber un vaso de agua con abundante cantidad de sal de frutas, se acostó decidido a dormir hasta las cinco de la tarde con el propósito de levantarse descansado. Sin embargo, las experiencias de la noche no habían terminado para él. Apenas llevaría una hora de sueño cuando despertó por los recios golpes que daban en su puerta. Abrió los ojos con dificultad y pudo darse cuenta de que la mañana se iniciaba y de que le dolía la cabeza horribilmente. Pensó seguir durmiendo, pero nuevas llamadas insistentes le hicieron levantarse murmurando maldiciones. Al abrir vió a Dimitri en el pasillo con la corbata ladeada, el escaso ca-

bello en desorden, y varias manchas de carmín en el rostro. A pesar de que su inesperada visita sonreía dulcemente tras el humo de su inevitable cigarrillo, Juancho se sintió sobresaltado. Algo grave tenía que ocurrir para que el prudente y tímido Dimitri hiciera algo tan insólito como ir a su cuarto a aquella hora.

—¿Qué hubo Dimitri? ¿Qué sucede? ¿Qué quiere? ¿Qué le pasa? ¿Por qué vino a despertarme tan temprano?—Juancho atropellaba las preguntas mientras, sin poder olvidarse del terrible dolor de cabeza que le atormentaba, temía vagamente que su amigo hubiera hecho una barbaridad al quedar solo en el cabaret.

Dimitri inició las respuestas hablando con la calma acostumbrada:

—Usted perdone, pero es que... Aquella muchacha. ¿sabe usted?...

—¡Sí!—le gritó Juancho—¿Qué ha pasado?

—La muchacha rubia... La que estaba conmigo —precisó Dimitri.

—Sí, hombre. ¡Ya sé!

—La que estaba vestida de verde... Aquella tan bonita...

Dimitri acentuó su beatífica expresión y sonrió con sus dientes pequeños y amarillos mientras Juancho, sin saber porqué concretamente, veía a través de las densas nieblas de la goma, policías, una ambulancia, y un juzgado. No pudo contenerse más y agarrando al ruso por las solapas del saco y por la camisa le sacudió con violencia vociferándole:

—¡Sí, hombre, sí! La fula que estaba con usted.

¿Qué le ha pasado? ¡Dígamelo de una vez!
—La muchacha aquella —baluceó Dimitri ensanchando su sonrisa— quiere casarse conmigo.



CONCURSO
DE CUENTOS
“ALFONSO HERNANDEZ CATA”

Fundado en 1941
Creado como homenaje a la memoria del gran
maestro de la narración breve en América.

Premio Anual Nacional
“HERNANDEZ CATA”

Destinado a los cuentistas cubanos. • Tema cubano.
Donado por el periódico “El País”, de La Habana.
(Cien pesos, oro americano, y cuatro
menciones honoríficas).

Día del otorgamiento: 8 de Noviembre.
Plazo de admisión: 25 de Junio • 15 de Octubre.
(Aniversario del deceso de
Alfonso Hernández Catá).

Premio Anual Internacional
“HERNANDEZ CATA”

Destinado a los cuentistas de habla española.
Tema libre. • (Cien Pesos, oro americano y
cuatro menciones honoríficas).

Plazo de admisión: 16 de Octubre. • 15 de Mayo.
Día del otorgamiento: 24 de Junio. • Aniversario
del natalicio de Alfonso Hernández Catá

Todos los cuentos deberán ser inéditos y los
originales se enviarán por quintuplicado a:

Concurso “HERNANDEZ CATA”

Institución Hispanocubana de Cultura,
Bernaza 5, (altos) La Habana, Cuba.

EN PREPARACION

C U E N T O S
DEL
E C U A D O R

SELECCION
y
NOTA PRELIMINAR
por
ALEJANDRO CARRION

RADIO MIRAMAR

- Buenos programas
- Música selecta



S I N T O N I C E L A

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

**Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán
leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a
0.30 p.m., todos los días, menos los domingos.**

M U E B L E R I A

TUÑON

Ave. Central y Calle 13
(Edificio San Roque)

Muebles Cómodos y
elegantes a precios
especiales

COMPRE SUS
MUEBLES
CON TIEMPO

Aproveche nuestros
precios especiales

SUSCRIBASE

a la

BIBLIOTECA

SELECTA

PRECIO B/1.50

AL AÑO

envie su vale postal

al apartado 3181

Nada ayuda más al trabajo intelectual que una
atmósfera pura y fresca en un espacio alejado
del ruido de la calle y de la casa.

Podemos brindarle una atmósfera tal mediante
una instalación de AIRE ACONDICIONADO.

C A R R I E R
en su recámara o en su oficina

Compañía Climatizadora

Tel. 1973 • Panamá

L E A

"Mundo Gráfico"

TODOS LOS SABADOS

**Catorce años al servicio de la comunidad
forman su mejor crédito**

MUNDO GRAFICO, S. A.

Aparta 912

Panamá, R. P



IMPRENTA DE LA ACADEMIA

IMPRESIONES — ALTO RELIEVE

PROCESO DE LITOGRAFIA

RAYADO — ENCUADERNACIONES

Calle Juan B. Sosa, No. 8

Panamá, R. de P.

FARMACIA SELECTA

Magnifico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

GUAYABERAS

Agetro
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES

DAN ELEGANCIA

SON PANAMEÑAS

LECHE MARCA
''AMEGLIO''
HELADOS
''SUAVEL''
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.
Calle Juan B. Sosa No. 5
. Tel. 2066
PANAMA, R. P.

Angelini
Teléfonos 887—1687 Avenida Central 179
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

Banco de Urbanización y Rehabilitación.

FUNDADO EN 1944

- Préstamos hipotecarios para
construir la vivienda propia.
- Casas de Arrendamiento.
- Urbanizaciones.
- Rehabilitaciones.
- Censo de la Vivienda.

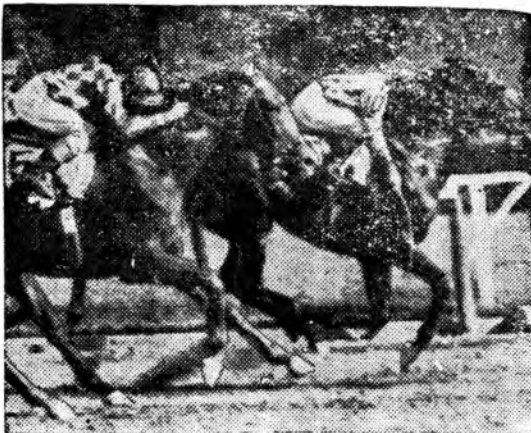
GERENTE:

Licenciado EDUARDO VALLARINO

Apartado 3394 (Calidonia). Ciudad de Panamá

Teléfonos: Panamá 3453

Colón 213



Carreras de Caballos

GANADOR • ONE TWO

QUINIELAS • DUPLETAS

Gane dinero y goce de un
Soberbio Espectáculo

todos los

SABADOS Y DOMINGOS

en el

Hipódromo de Juan Franco



La Super Cola
Cánada Dry

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS
LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO
ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES".

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS
EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

